

el alma está fundado sobre la fe, sostenido por la esperanza y coronado por la caridad.

Adquisición, acrecentamiento, enflaquecimiento, y pérdida de las virtudes.

14. Resta indicar cómo las virtudes se adquieren, se aumentan, se debilitan ó se pierden. — Se adquieren, ya por la infusión divina, ya por el ejercicio. Se reciben por *infusión* todas las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo : Dios las infunde y las aumenta en el alma con la gracia santificante. — Conviene por lo tanto observar que las virtudes infusas no se dan de ordinario más que como un germen, que para desarrollarse exigen la cooperación del hombre, es decir, la práctica y el ejercicio. — Se adquieren por el *ejercicio* las virtudes naturales ; y también es el ejercicio y la práctica quien las conserva y fortifica.

Las virtudes infusas se debilitan en cuanto á su actividad y á su energía por la negligencia en practicarlas. — Se pierden por los actos de vicios opuestos : la fe por el pecado de infidelidad, la esperanza por la desesperación, la caridad por un pecado mortal cualquiera.

Las virtudes adquiridas se debilitan y aun se pierden totalmente por larga negligencia en ejecutar sus actos.

Persistencia después de esta vida.

Después de esta vida no quedará ninguna virtud á los que tengan la desgracia de caer en el infierno. — Pero los elegidos conservarán en el cielo todas las virtudes que estén en armonía con su estado de beatitud, á saber : la caridad, los dones del Espíritu Santo y ciertas virtudes morales, tales, por ejemplo, como la gratitud. Pero la fe, la esperanza, la penitencia y otras se desvanecerán á la luz de la gloria. — En el purgatorio subsistirán las virtudes teologales y casi todas las morales.

Fin y

15. El fin de las virtudes es la perfección del hombre

considerado como criatura racional elevado á la dignidad de hijo de Dios. Le perfeccionan todo entero y le santifican en su inteligencia, en su voluntad, en sus sentidos y en todas sus obras exteriores. Ellas le dan la grandeza y la riqueza, la belleza y la hermosura de que es susceptible : le forman á imitación del tipo de la perfección humana, el Hombre-Dios, Nuestro Señor Jesucristo : le hacen verdaderamente hijo de Dios, semejante al Hijo único de Dios hecho hombre, y digno de habitar con Él en la mansión de la gloria : el cielo es el término final y la recompensa de la virtud.

término de las virtudes.

Artículo segundo

VIRTUDES TEOLOGALES

§ I. De las virtudes teologales en general

16. Como se ha dicho más arriba, hay tres virtudes *teologales* ó divinas : la fe, la esperanza y la caridad. La fe es el principio generador de las otras dos ; la esperanza nace de la fe ; la caridad, de la fe y de la esperanza. — La caridad es la más excelente de las tres, alma y vida de las otras dos ; sin ella, la fe y la esperanza son virtudes muertas, incapaces de merecer la vida eterna.

Relaciones de las virtudes teologales entre sí.

17. *Caracteres esenciales y comunes.* Las virtudes teologales tienen caracteres que les son esenciales, y que por consecuencia son comunes á las tres.

1º. Son las más nobles, las más elevadas y las más eficaces de todas las virtudes ; ninguna virtud moral se les puede comparar ; ninguna tiene tanto imperio sobre el hombre ni eleva tanto su inteligencia, sus sentimientos y sus acciones ; ninguna contribuye tanto á su felicidad presente y futura.

2º. Las tres son necesarias para la salud eterna : sin ellas, todas las virtudes morales reunidas á la vez, no servirían para nada.

3º. Las tres tienen el mismo principio, Dios nuestro Señor, que las infunde en el alma.

4º. Las tres tienen el mismo objeto, que es el mismo Dios á quien se refieren directa é inmediatamente, bajo tres relaciones diferentes.

5º. Las tres tienden al mismo fin, á la santificación del hombre, á su salud eterna y á la gloria de Dios.

El hombre que posee estas tres virtudes, posee en este concepto todas las demás, por lo menos en cierto grado.

§ II. La fe (1)

Definición. 18. La virtud de la fe es un don de Dios y una luz por la cual creemos firmemente á causa de la suprema veracidad de Dios, todo lo que es divinamente revelado, y propuesto como tal por la Iglesia.

Esta definición indica la naturaleza de la fe, su acto, su motivo y su objeto material.

Naturaleza de la fe. 19. La fe es por su naturaleza, 1º. *un don de Dios*, es decir, un beneficio gratuito de la misericordia de Dios; 2º. una *luz*, esto es, una gracia que constituye una luz interior y sobrenatural, análoga, pero superior á la de la razón. Distingúense tres clases de luces: la luz corporal, que nos deja ver los cuerpos; la luz intelectual, ó la razón, que nos permite conocer las verdades del orden natural; la luz de la fe, que nos revela las verdades sobrenaturales. — Por la fe, conoce

(1) Véase la *Instrucción sinodal* del Reverendo Obispo de Poitiers, sobre la constitución *Dei Filius*.

el hombre su destino eterno, la salvación, y el camino ó los medios para llegar á ella. Sin la fe, marcharía entre tinieblas, porque la razón por sí sola no bastaría para guiarle.

20. Aunque la fe sea una luz, y una luz segura que excluye de nuestras inteligencias todo error, no excluye sin embargo, toda oscuridad; porque si ella nos pone en la certidumbre de la verdad, no por eso nos muestra la verdad misma, supuesto que nos da solamente *testimonio de ella*. Por esto se compara la fe á un espejo que muestra el objeto de una manera cierta, pero indirectamente y por reflexión. Se la representa también bajo la figura de un velo, que cubriendo á una persona, nos permite verla, pero de un modo imperfecto.

21. El acto de fe consiste en creer firmemente, es decir, en dar á las verdades reveladas el pleno asentimiento de la inteligencia, que excluye hasta la sombra de duda, como que es asentimiento prestado al testimonio y á la palabra de Dios.

22. El motivo, que se llama también objeto formal de la fe, *el por qué* creemos firmemente, descansa en la suprema veracidad de Dios que habla y que excluye la posibilidad de todo error.

Este objeto formal encierra dos elementos distintos: 1º. que Dios ha dicho tal cosa; 2º. que su palabra es infalible. — Ambos nos son conocidos, de un lado, por la luz de la razón, por la historia y por el testimonio evidente de la Iglesia; de otro, por la luz y los auxilios de la gracia.

23. La fe no es por lo tanto, un acto ciego ó imprudente, sino un acto eminentemente racional. Yo crep en los misterios de la religión, dice Monseñor de

Luz
y oscuridad
de la fe.

Acto de fe.

Motivo.

Prudencia
de la fe.

Segur, como creo en los misterios de la naturaleza, porque sé que existen. Sé que los misterios de la naturaleza existen, porque testigos irrecusables me lo aseguran: mis sentidos y el sentido común; sé que los misterios de la religión existen, porque testigos más irrecusables todavía me lo afirman: Jesucristo y su Iglesia. Mi razón me sirve para examinar, para pesar el valor de los testimonios; pero una vez que con la luz de la filosofía, de la crítica y del buen sentido he examinado los hechos que me prueban la verdad, la divinidad, la infalibilidad de estos testimonios, mi razón ha terminado su obra: debe sucederle la fe. La razón me conduce á la verdad; cuando ésta habla, yo no tengo que hacer sino escuchar, abrir mi alma, querer y adorar. — Mi fe es pues soberanamente razonable.

Examen
de los
motivos de
credibi-
lidad.

24. No es esto decir que para creer, los fieles deben comenzar por examinar los fundamentos de la fe. Los que han nacido en el seno de la Iglesia católica y han sido educados cristianamente, hállanse en posesión de la fe con la misma certidumbre con que gozamos de la luz cuando es de día. No hay por lo tanto necesidad para creer, de examinar los hechos y los actos que prueban la verdad del testimonio de la Iglesia; si los examinan, no es más que para saber claramente lo que ya sabían, para luchar contra el error y defender la verdad santa.

En cuanto al adulto que no conozca la fe, ó que haya tenido la desgracia de perderla, está obligado á instruirse. Considerando los hechos, tales como la resurrección de Jesucristo y otros, que se llaman motivos de credibilidad, reconocerá sin trabajo que Dios ha hablado verdaderamente, y que la Iglesia es

la depositaria de su palabra. Entonces la misma razón le obligará á creer, y no le faltará la gracia necesaria, á lo menos si ruega á Dios para obtenerla.

25. El objeto material de la fe, *lo que* nosotros creemos, comprende en general todo lo que Dios ha revelado, ó ha hecho conocer á los hombres, al hablarles, ya por los ángeles y por los profetas, ya por sí mismo y por su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo. El conjunto de estas enseñanzas se encierra en el doble tesoro de la Escritura y de la Tradición.

26. Como no es posible que todos los hombres comprendan las Escrituras y las Tradiciones, Dios ha establecido su Iglesia, para que exponga de un modo infalible, sucinto y popular, las verdades reveladas.

La Iglesia lo ha hecho por medio del Símbolo de la fe, por las definiciones de los concilios, por el catecismo, y por la predicación, en fin, en la cátedra del Espíritu Santo.

27. Se distingue la fe en interior y exterior, implícita y explícita, viva y muerta. — 1°. La fe se llama *interior*, cuando existe en el corazón y en el espíritu; y *exterior*, cuando se la profesa con palabras y con obras; — 2°. es *implícita*, cuando se cree de una manera general las verdades que no se conocen particularmente; y *explícita*, cuando se conocen distintamente las verdades que se creen; — 3°. la fe está *muerta*, cuando no se halla vivificada por la gracia vivificante; y *viva*, cuando la gracia y la caridad la animan y la hacen fecunda en buenas obras. — Llámase *fe viva*, la que ve las verdades de una manera distinta y luminosa, por oposición á la *fe débil* y vaga que no las ve más que en una confusa perspectiva.

28. La fe y la ciencia son dos medios de conocer la

Objeto
material.

Enseñanza
de la
Iglesia

Símbolo de
la fe.

Distincio-
nes
de la fe.

Diferencia

entre la fe y la ciencia. verdad; las dos vienen de Dios, único origen de toda verdad; las dos concurren á dar al hombre los conocimientos útiles y necesarios para esta vida, y para la otra. — No existe pues entre la fe y la ciencia ningún antagonismo (1); pero hay dos diferencias, la una que concierne al objeto, la otra, á la certidumbre. — 1°. En cuanto al objeto, la ciencia no se ocupa más que en verdades del orden natural; la fe, al contrario, abraza todas las verdades que Dios se ha dignado revelar, algunas de las cuales son inaccesibles á la razón del hombre. — 2°. Por lo que mira á la certidumbre, la fe no está sujeta á ningún error, á ninguna fluctuación: es roca incommovible; la ciencia, por el contrario, está sujeta á las influencias del error y á los vaivenes de la razón humana. Muchas veces se equivo-ca en sus afirmaciones y lanza al viento sistemas é hipótesis, que mutuamente se contradicen, y se suceden los unos á los otros.

Por esta razón, la ciencia debe siempre respetar las verdades inmutables de la fe. Encerrada en su objeto propio, evitará muchos errores y recorrerá con más luz y más éxito el vasto campo de la naturaleza, que Dios ha entregado á sus investigaciones.

Necesidad de la fe. 29. La fe es absolutamente necesaria para salvarse. El Concilio de Trento la llama *principio de la salud del hombre, y fundamento y raíz de la justificación*. — *Sin la fe, dice San Pablo, es imposible agradar á Dios*. — Y el Salvador ha declarado al género humano, que *el que no crea, será condenado* (San Marcos, xvi, 16).

Conoci- Los fieles no están obligados á *conocer* todas las ver-

(1) Véase más arriba *Acusaciones lanzadas contra la Iglesia*, § 4. *Antagonismo entre la Iglesia y la ciencia*, pag. 407.

dades de la fe; basta que las *crean* con un acto de fe implícita, admitiendo en general todo lo que Dios ha revelado á su Iglesia. Hay sin embargo ciertas verdades que deben creerse con fe explícita, y que por consecuencia, se han de conocer particularmente. Entre estos puntos, hay unos, en que el conocimiento es necesario, con *necesidad de precepto* solamente, y otros que es necesario conocer con *necesidad de medio*, es decir, por necesidad absoluta para salvarse. Estos últimos son los cuatro siguientes: la existencia de Dios, la justicia remunerativa y vindicativa de Dios, la Santísima Trinidad, y la Encarnación del Hijo de Dios. — Debemos añadir que es opinión muy probable, que no es absolutamente necesaria la fe explícita, en los dos últimos puntos.

§ III. La Esperanza

30. La esperanza es un don de Dios y una virtud infusa, que nos induce á esperar de Dios, en virtud de las promesas divinas y de los méritos del Salvador, la vida eterna y los medios de obtenerla. Definición.

31. El objeto material de la esperanza, *lo que es necesario esperar*, comprende: 1°. la vida eterna, ó el mismo Dios, en tanto que es nuestro soberano bien, y nos hará gozar de la vida eterna por la visión beatífica; 2°. los medios de salvación, á saber: las gracias, los auxilios sobrenaturales, y aun los auxilios naturales de que tenemos necesidad para alcanzar la felicidad suprema. Objeto material.

El motivo de esperanza, que se llama también fundamento de esta virtud, es cuádruple, á saber: 1°. los méritos de Jesucristo; 2°. la infinita misericordia de Objeto formal ó motivo.

Dios; 3º. su omnipotencia; 4º. y principal, la fidelidad á sus promesas. — Dios, en vista de los méritos infinitos de Jesucristo, ha prometido solemnemente la vida eterna á todos los hombres, siempre que observen la ley del Evangelio, y sobre todo, el precepto de la oración. Como se ve, la promesa divina es condicional.

Propiedades esenciales.

32. La esperanza tiene una doble propiedad esencial: la firmeza y el temor. — 1º. Debe ser firme é inalterable, por consideración á Dios, que no puede faltar á sus promesas. — 2º. Debe ser humilde y unida al temor por consideración al hombre, que puede faltar á la condición que depende de Él. — La esperanza ha sido comparada por el Apóstol á un ánchura firme y segura, que mantiene la navicilla de nuestra alma sobre la mar del mundo: el ánchura permanece fija, pero la navicilla fluctúa sobre las olas.

La firmeza esencial de la esperanza se llama *confianza en Dios*. Puede ser más ó menos perfecta, y más ó menos tranquila é inalterable.

Llámase también *confianza*, el reposo filial en el seno de la Providencia en medio de los acontecimientos de la vida.

Perfección de la esperanza.

33. La esperanza es tanto más perfecta cuanto es más segura y más eficaz. — La *eficacia* consiste en el esfuerzo de la cooperación del hombre, para conseguir el objeto de su esperanza.

Esperanza muerta y viva.

34. Se llama *esperanza muerta*, la que no va acompañada de la caridad, y *viva*, la que la caridad anima y vivifica.

Efectos.

35. La esperanza eleva el alma con sus deseos, le infunde energía, la hace *orar* y cumplir todas las demás condiciones necesarias, para conseguir lo que se espera.

§ IV. La Caridad

36. He aquí la más augusta, la más divina de las virtudes, la que brilla entre las demás, como el sol entre los astros del cielo, la caridad. Es la virtud por excelencia, la más sublime participación de la santidad de Dios, que es caridad por esencia: *Dios*, dice San Juan, *es caridad, y el que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él* (I San Juan, iv, 16).

Excelencia de la caridad.

37. La caridad es una virtud infusa, un don de Dios, y un fuego espiritual que penetra en nuestros corazones, nos hace amar á Dios sobre todas las cosas por Él mismo, y á nuestro prójimo como á nosotros mismos, por amor de Dios.

Definición.

38. Se llama la caridad, 1º. un *don de Dios*, por razón de su precio inestimable, y de su origen esencialmente divino: solo Dios ha podido enriquecer tanto á la criatura; — 2º. un *fuego espiritual*, porque produce efectos análogos al fuego material, que calienta el corazón y le inflama de amor, pero de amor espiritual puro y celestial muy superior al natural y terrestre.

Naturaleza de la caridad.

39. Hay dos clases de amor: el amor de *concupiscencia* y el de *benevolencia*.

1º. El primero es un amor interesado por el cual se ama á una persona, no porque ella sea buena, sino por las ventajas que de ella nos prometemos. Así ama el mercenario á su señor, por el salario que de él recibe. — Este amor se llama también *de esperanza*, y aunque en el fondo se reduce al amor de sí mismo, no obstante, cuando se refiere á Dios y á los bienes del cielo, es santo y agradable al Señor, pero menos perfecto que *el amor de caridad*, que es un amor de benevolencia

Dos clases de amores.

2º. El amor de benevolencia, *desinteresado* por su naturaleza, ama á una persona por sí misma, y no por sus beneficios. Olvidase de sí mismo y no piensa más que en la persona amada, para quererla y procurarle su bien. Tal es el amor de un hijo para su madre, y de una madre para su hijo. — Llámanse también amor de amistad, porque si es mutuo constituye la amistad.

La caridad es un amor de benevolencia mutua, una verdadera amistad entre Dios y la criatura.

Objeto material

40. El objeto material de la caridad es Dios y el prójimo: Dios amado por sí mismo, y el prójimo por Dios. De aquí la caridad con Dios y la caridad con el prójimo. — No hay sin embargo dos virtudes, sino una sola virtud de caridad que abraza un doble objeto: que ama por una parte á Dios en sí mismo, y por otra á Dios también, pero en sus hijos que son nuestros prójimos. — La caridad es como un árbol de vida, con dos ramas, que viven ambas á dos, de la misma savia divina.

Objeto normal.

El objeto formal ó el motivo de la caridad es Dios, considerado en sí mismo como infinitamente amable, e infinitamente digno de todo amor. Siendo la amabilidad por esencia, la sabiduría, la bondad, la perfección misma, Dios es el verdadero objeto de amor para el cual ha sido criado nuestro corazón, como nuestros ojos para la luz.

División.

41. Se distingue la caridad *perfecta* que basta por su propia fuerza para justificar al pecador, de la caridad *imperfecta* que no basta para este efecto. — La última, llamada impropriamente caridad, consiste en un amor de benevolencia por el cual se ama á Dios por sí mismo, pero *no sobre todas las cosas*; — la caridad perfecta ama á Dios por Él mismo, y *sobre todo*:

es la caridad propiamente dicha, amor esencialmente soberano.

42. Esta soberanía, esta superioridad del amor de Dios sobre todo otro amor, no debe entenderse de la intensidad de los actos; todavía menos, del ardor ó de la emoción sensible que le acompaña algunas veces; pero sí de la *superioridad de preferencia*. Amar á Dios soberanamente y *sobre todo*, es amarle *con preferencia*, á todo lo que le pueda desagradar. En otros términos, amamos á Dios soberanamente y sobre todo, cuando estamos dispuestos mediante su santa gracia, á perder y á sufrir todas las cosas, antes que ofenderle con el pecado mortal.

Soberanía de preferencia.

Así la verdadera caridad, la caridad soberana y perfecta, excluye esencialmente el pecado mortal.

43. Admite tres grados de pureza ó de perfección. El primero excluye simplemente el pecado mortal; — el segundo, los pecados veniales; — el tercero hace buscar todo lo que pueda agradar á Dios, en todas las cosas.

Grados.

44. La caridad produce efectos maravillosos, 1º. sobre las demás virtudes; 2º. sobre el alma que la posee.

Efectos.

1º. Con relación á las virtudes, la caridad es la madre, la reina, la vida y el esplendor de todas las demás.

-1) Como madre, produce las demás, las conserva y las alimenta. El que posee la caridad, posee las demás virtudes, á lo menos en cierto grado. Es la plenitud de la ley divina.

Etre todas las virtudes que rodean á la caridad como á su madre, hay algunas que se refieren á ella más íntimamente, tales son las ocho que se llaman

Bienaventuranzas y obras de

misericor-
dia.

bienaventuranzas: la pobreza de espíritu, la mansedumbre, la santa tristeza, el hambre y sed de justicia, la misericordia, la pureza de corazón, el amor de la paz, el amor de la cruz ó la paciencia en las persecuciones.

La caridad es también la madre de todas las buenas obras para con Dios y para con el prójimo. — Las que se refieren al prójimo se llaman *obras de misericordia* y se dividen en obras corporales y espirituales. Estas últimas, que tienen por objeto el bien espiritual del prójimo, se llaman también *obras de celo*. — El celo, que con razón se le puede llamar la más pura llama de la caridad, es un ardor activo por la gloria de Dios y por la salud de las almas.

-2) Como *reina*, la caridad manda á las demás virtudes, y las pone en ejercicio.

-3) Como *vida*, anima á las demás virtudes á la manera que el alma vivifica el cuerpo, y todos los demás miembros; enlaza también entre sí todas las virtudes morales y las perfecciona y hace más meritorias.

-4) Como *esplendor*, ennoblece todas las virtudes, les comunica una belleza, un brillo y un precio nuevos: así como el sol por su luz embellece toda la naturaleza, y da á las flores sus más bellos matices.

45. 2º. Con relación al alma que la posee, la caridad es un principio -1) de alegría, -2) de fuerza, -3) de fecundidad, -4) de riqueza y de mérito: porque ella cambia todas las obras en oro y en perlas para el cielo.

Además la caridad hace al alma semejante á Dios, como el calor que penetra el hierro, lo hace poco á poco incandescente y semejante al fuego. — La caridad

es la disposición esencial del corazón de Dios, del corazón de nuestro Señor Jesucristo: *Deus charitas est*, Dios es caridad (I. San Juan, iv, 16); de esta suerte, la caridad comunica al corazón del hombre la disposición, todos los sentimientos de Dios mismo, y de nuestro Señor Jesucristo. — Es propio del amor, dice San Agustín, transformarnos en cierta manera, en el objeto de nuestro amor; el que ama la tierra, se hace terrestre; el que ama la carne, se hace carnal; el que ama el cielo, celestial, y en este sentido el que ama á Dios se hace todo divino, y casi Dios mismo.

Se puede llamar la caridad, un principio de la vida del paraíso. Encendido en un alma, este fuego divino, si el pecado no le apaga, no se extinguirá nunca. Al salir de la vida, cuando llegue á la presencia de su amado, el alma enamorada verá cara á cara á este Dios amable, su amor se inflamará con toda su energía, la transportará á los brazos de Dios y la transformará en Él, por una unión inefable: será, como dice el Apóstol, *un mismo espíritu con el Señor: Qui adhæret Domino unus spiritus est* (I Cor. vi, 17.)

46. El precepto de la caridad constituye el primero y el principal de todos los preceptos. *Amaréis*, dice el Salvador, *al Señor vuestro Dios, con todo vuestro corazón, con todo vuestro espíritu y con todas vuestras fuerzas: he aquí el primero, y el más grande de los mandamientos; pero el segundo es muy semejante: amaréis á vuestro prójimo, como á vosotros mismos. En esto se encierra toda la Ley y los Profetas.* (1)

47. El modelo perfecto, y el origen de toda caridad, es el Corazón sagrado del Hijo único de Dios, nuestro

Precepto.

Modelo
y origen.

(1) S. Lucas, x, 27; S. Mateo, xxii, 40.